

BARBARA H. ROSENWEIN

AMOR
UNA HISTORIA
EN CINCO FANTASÍAS

Traducido del inglés por
Miguel Ángel Pérez Pérez

ALIANZA EDITORIAL



5. La dama Amor da en el blanco.

La flecha que dispara la dama Amor da en el blanco en el panel de la izquierda; a la derecha, el enamorado le muestra su corazón herido. Durante la Alta Edad Media, los prometidos enviaban joyeros como este a sus futuras esposas. Aunque sin duda su matrimonio había sido dispuesto por sus familias y ellos aún no se conocían, el objeto simbolizaba sus expectativas de enamorarse a primera vista.

RELIVS·LL
ERMIA
IVS·DECOLLE
VIMINALE
AEC·QVAE·ME·FA·ATO
PRAECESSIT·CORPORE
CASTO
ONIVNXS·VNA·MEO
PRAEDITA·AMANS
ANIMO
DO·FIDA·VIRO·VEIXSIT
STVDIO·PARILI·QVM
VILA·INAVARITIE
CESSIT·AB·OFFICIO
RELLIA·II





6. Lápida romana.

En la inscripción de este relieve funerario en piedra de c. 80 d. C. de Aurelia Philematium, un marido y su mujer se manifiestan su amor mutuo.

7. Sagrada Familia.

El impacto afectivo de este retrato familiar apenas se ve mermado por la falta de la cabeza de María. Mientras San José rodea el hombro de su mujer con actitud protectora y protege a madre e hijo con su cuerpo, ella por su parte abraza con cariño a su niño bien abrigado.





8. *El enamorado escuchado*, c. 1785, Louis Marin Bonnet.

En este grabado de Louis Marin Bonnet, un apasionado pretendiente adopta una pose humilde mientras la dama ladea la cabeza para oírle y le concede una mirada de soslayo. El grabado tuvo tanto éxito que un fabricante textil de Nantes lo produjo en masa.



S eulent mes etre faimele
C ontre guse ou etre liarte



9. Eros (siglo v a. C.).

Eros entra volando a visitar a una mujer que se prepara para sus esponsales. Tocándola ligeramente en el hombro, se dispone a ponerle una corona de laurel. Ella está enamorada.

10. Una monja coge penes de un árbol.

A diferencia del protagonista masculino del *Roman de la rose*, que sólo quiere una rosa, la monja está encantada de llenar su cesta de penes. En una página posterior, ella y el monje al que está aquí abrazando se dan un revolcón en el heno.





11. El castillo del amor.

En este pequeño medallón de marfil, que probablemente fuese la tapa de una caja, un castillo habitado por damas es asediado por caballeros amantes. Las damas se defienden con flores y ramas (París, c. 1320-40).



12. Escena erótica romana. Este frasco de perfume de cristal, que data del reinado de Augusto en Roma, muestra a un hombre que está a punto de penetrar a un chico. Por el otro lado, el hombre (tal vez el mismo) se arrodilla sobre una mujer rodeándole la cintura con el brazo.



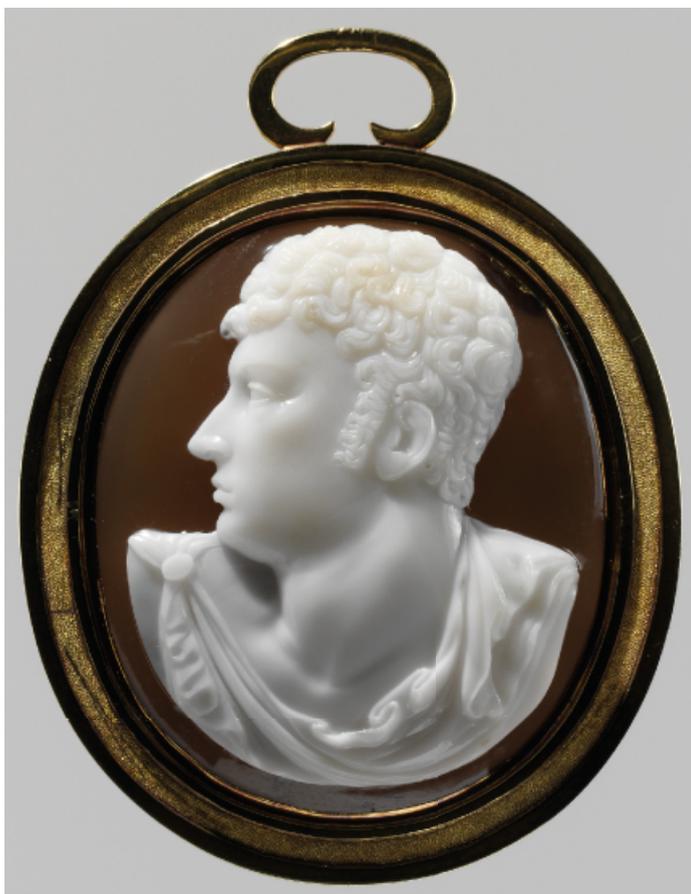


13. América recibe a Vespuccio.

Jan van der Straet preparó en el siglo XVI este bosquejo para un grabado (de ahí que las letras estén del revés). Formaba parte de una serie con la que se quería ilustrar nuevos inventos y descubrimientos. Vespuccio, que acaba de tomar tierra (su barco está varado detrás de él), es recibido por una mujer desnuda y voluptuosa que se encuentra en una hamaca, la primera Miss América.



14. Aretino como sátiro fálico. El anverso muestra la cabeza de Aretino de perfil. En el reverso, como si fuera su imagen reflejada en un espejo, tenemos esta cabeza de un sátiro hecha en su totalidad de genitales masculinos. El pene que se encuentra cerca de los ojos está eyaculando, en lo que es una metáfora del papel de la mirada a la hora de excitar la imaginación y el juicio, los cuales, a su vez, estimulan el pensamiento y el discurso: el semen de la mente.



15. Lord Byron.

A medida que lord Byron fue identificado con grandes amantes como Don Juan, se desarrolló un culto a su persona que aún no ha desaparecido: pensemos en las muchas fundas para iPhones con el retrato de Byron que se venden. Aquí se nos presenta como un joven de la antigua Roma de pelo rizado.

Título original: *Love: A History in Five Fantasies*

Esta obra ha sido publicada por primera vez en 2022 por Polity Press.
Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Polity Press Ltd., Cambridge.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Barbara H. Rosenwein, 2022
© de la traducción: Miguel Ángel Pérez Pérez, 2022
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-1148-059-8
Depósito Legal: M. 19.983-2022
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Para Tom

FEBE: Buen pastor, dile a este joven lo que es amar.

SILVIO: Es ser todo fantasía, ser todo pasión y deseos,
Todo adoración, deber y observancia,
Todo humildad, todo paciencia e impaciencia,
Todo pureza, padecimiento y observancia,
Como yo con Febe.

WILLIAM SHAKESPEARE, *Como gustéis*,
Acto V, escena 2

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	13
NOTA A LOS LECTORES.....	15
INTRODUCCIÓN	17
1. AFINIDAD.....	25
Compañerismo	26
Dios como aglutinador	35
Los «otros yos» de las mujeres	39
El reflejo	47
Una almohada compartida.....	50
2. TRASCENDENCIA.....	57
Más allá del cuerpo	58
El amor divino.....	65
La trascendencia a través de la crianza de hijos.....	72
De vuelta al primer travesaño.....	78

3. OBLIGACIÓN	81
Los patriarcados griegos y sus fisuras	84
La pareja adecuada.....	90
La huella del cristianismo.....	94
¿Lo único que necesitas es amor?.....	102
4. OBSESIÓN	117
La obsesión menospreciada	118
La obsesión exaltada	125
La obsesión criticada.....	130
La obsesión ritualizada.....	141
La obsesión recuperada.....	144
La fantasía en la vida real	148
5. INSACIABILIDAD.....	153
Los entretenimientos sexuales de la antigüedad	156
Manos exploradoras.....	158
Amantes en movimiento	171
El amor para toda la vida	181
Eros desencadenado	185
CONCLUSIÓN.....	191
LECTURAS RECOMENDADAS.....	199
BIBLIOGRAFÍA.....	203
AGRADECIMIENTOS POR LAS ILUSTRACIONES.....	213
ÍNDICE ANALÍTICO	217

AGRADECIMIENTOS

Estoy ante todo en deuda con Riccardo Cristiani, con el que investigué, debatí y redacté muchos de los temas aquí tratados, si bien bajo otras apariencias.

Doy las gracias a siete personas que, con gran perspicacia, leyeron el texto original y me hicieron unos comentarios de excepcional utilidad sobre el conjunto: Christian Bailey, Naomi Honeth, Frances Freeman Paden, Pascal Porcheron, Tom Rosenwein, Michael Sherman y Peter N. Stearns. William D. Paden siempre me ha aportado mucho sobre lo que pensar, y le quedo agradecida por sus comentarios sobre una versión del capítulo 4.

Este proyecto ha pasado por más cambios que la mayoría, y en sus diversas formas, esta incluida, quisiera reconocer muy agradecida la ayuda de muchos amigos y colegas además de los ya mencionados: Katie Barclay, Jan Burzlaff, Angelos Chaniotis, Jennifer Cole, Matthieu Dupas, Laura Fair, Kathryn de Luna, Leslie Dossey, Annalese Duprey-Henry, Dyan Elliott, Abram Van Engen, Nicole Eustace, Elina Gertsman, Frederic Wright Gleach, Adriana Laura Guarro, Susan Karant-Nunn, David Mel-

ton, Barbara Newman, Nancy Segal, Mark Seymour, Simon Swain, Lynn M. Thomas, Fabrizio Titone, Uwe Vagelpohl e Ilona Wyszynska.

También doy las gracias a Jennifer Stegen, una bibliotecaria de préstamos interbibliotecarios verdaderamente modélica, como estoy muy agradecida por la fructífera asociación entre las bibliotecas de la Universidad Loyola de Chicago y la Universidad Northwestern, que me proporcionaron muchos recursos de gran valor. En Polity Press, sus brillantes correctores, su servicial plantilla y, sobre todo, Pascal Porcheron me dieron una ayuda y unos ánimos por los que les quedo muy agradecida.

Con todo mi amor doy las gracias a mi familia: a Jess y sus hijas, Sophie y Natalie; a Frank y Amy y sus hijos, Joshua, Julian y Benji, y a mi hermana, Naomi, que no solo leyó el texto original del libro sino que también me envió emails fielmente a lo largo de todo el proyecto. Su marido, Jim, y ella soportaron con buena voluntad toda mi cháchara vía FaceTime sobre el caleidoscopio en constante cambio que fue la elaboración de este libro. Dedico el resultado final a mi marido, Tom. Cualesquiera que sean las fantasías del amor, él lo es.

NOTA A LOS LECTORES

Todas las fechas son de nuestra era, salvo alguna excepción. Abreviaturas asociadas a las fechas son *m.* para muerte, *c.* para *circa* (aproximadamente) y *fl.* para *floruit* (floreció). He citado fuentes primarias en traducciones en inglés moderno. También he actualizado la ortografía y puntuación de los textos, y en algunos casos he sustituido palabras y expresiones obsoletas por sus equivalentes actuales. A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas son de *The New Oxford Annotated Bible: New Revised Standard Version with the Apocrypha. An Ecumenical Study Bible*, edición de Michael D. Coogan con Marc Z. Brettler, Carol A. Newsom y Pheme Perkins (5.^a ed., Oxford, 2018). Toda cita de ambos textos y notas va con sus páginas, a menos que se indique de otra forma.

INTRODUCCIÓN

No siempre quise escribir un libro sobre el amor. Tal vez tendría que haber querido, ya que me crié en un hogar de fervientes freudianos y Freud habló mucho sobre Eros. Sin embargo, bajo el hechizo de un maravilloso profesor universitario, Lester Little, decidí hacerme historiadora de la Edad Media. Habida cuenta de mi educación, fue una decisión extraña. Intenté explicársela a mis padres haciendo uso de lo que era entonces la jerga de mi casa: la historia viene a ser el «contenido manifiesto» de las fantasías inconscientes de las personas que viven en ese momento. En otras palabras, estaba diciendo que la historia es el sueño del que se informa, detrás del cual se halla la historia *verdadera*. Y yo iba a descubrir esa historia verdadera. Esa era mi intención. Mi libro favorito por entonces era *La interpretación de los sueños*, de Freud.

Sin embargo, pronto supe que mi plan no era más que una tontería, tratándose de alguien de diecinueve años que, sobre todo, aún no sabía latín. Pasé las siguientes décadas estudiando lenguas, leyendo las fuentes primarias y hurgando en la historia —sí, en el contenido manifiesto— de la Edad Media y, particularmente, del monacato de entonces. Aun así, si-

guió vivo en mí el deseo de entender qué había «detrás» de los hechos que estaba estudiando. ¿Por qué los monjes más prestigiosos de la Edad Media temprana, los cluniacenses, se pasaban la mayor parte del tiempo cantando salmos en la iglesia? ¿Qué llevó a los seculares piadosos de todos los niveles sociales a dar tierras a ese monasterio? ¿Qué ideas de espacio y violencia subyacían a la declaración del papa de que existía un círculo sagrado e inviolable alrededor de las propiedades de Cluny? Me apoyé en la antropología, la sociología y la etnografía; poco a poco fui dejando a Freud atrás, aunque nunca por completo.

Por entonces no estaba interesada en el amor, o al menos no lo estaba como tema de estudio. De niña, por supuesto, sí pensaba en él. Tenía una mejor amiga; tenía enamoramientos; tuve algunos novios espantosos que me provocaron gran angustia y otros muy agradables que me hicieron muy feliz hasta que dejaron de hacerlo. Pero conocí a mi marido, Tom, al principio de mis estudios universitarios y nos casamos justo después de que me licenciara. Tuvimos gemelos, Frank y Jessica. Repetí, sin pensar mucho en él, el cántico de mi generación: «Haz el amor y no la guerra». No me daba cuenta entonces de que el amor es incluso más complicado que la guerra.

Con el tiempo, mi foco de atención fue cambiando y pasé a interesarme por la historia de las emociones. Empezó en 1995, cuando mi compañera medievalista Sharon Farmer me pidió que presidiera una sesión de un seminario de la American Historical Association sobre «La construcción social de la ira». Mientras oía las ponencias y el debate que hubo a continuación, caí en la cuenta de que la historia de las emociones podía ser una forma de penetrar en ese material aún sin estudiar que había detrás del «contenido manifiesto».

Sin duda era un campo abierto a nuevas investigaciones. El principal paradigma de la historia de las emociones era por entonces el «proceso de civilización» del sociólogo Norbert Elias, que caracterizaba la Edad Media como una era de impulsos, violencia y una falta infantil de socialización, que solo terminó con el auge del estado absolutista moderno y su insistencia en el control de los impulsos y la contención de las emociones. Estaba convencida de que se equivocaba con respecto a la Edad Media, y sospechaba que también lo estaba con respecto a los periodos posteriores. Con todo, no estaba segura de cómo encontrar mi propio enfoque.

Así pues, me dediqué a leer: fuentes históricas, teorías de la emoción, nuevos paradigmas emergentes sobre la historia de las emociones. Me sorprendió la enorme variedad de normas y valores emocionales practicados por distintos grupos en la Edad Media y periodos posteriores, y con el tiempo encontré una forma de pensar sobre esos grupos. Eran, como los denominé, «comunidades emocionales»: grupos (que a menudo vivían al mismo tiempo, y a menudo equivalentes a comunidades sociales) en los que las personas comparten las mismas o similares valoraciones de determinadas emociones, objetivos y normas de expresión emocional. Esas comunidades a veces se superponen y toman prestado unas de otras, y también pueden cambiar con el paso del tiempo, como generalmente hacen. Aun así, tienen bastante en común para permitir que el investigador las estudie como un grupo coherente.

Seguía sin estar especialmente interesada en el amor, salvo para observar cómo cada comunidad emocional lo trataba: qué o a quién amaban; el valor que concedían al amor; las formas en que lo expresaban. Sin embargo, esas preguntas eran las mismas que hacía sobre todas las emociones: cómo se expresaban, celebraban y devaluaban en cualquier comunidad emocional concreta. Lo que quería hacer, por encima de todo, era seguir el rastro de comunidades emocionales coexistentes durante una determinada franja de tiempo y ver cómo algunas nuevas pasaban a ocupar un papel preponderante, mientras que otras se iban desvaneciendo en las épocas siguientes.

Así pues, no estaba muy interesada en las emociones individuales, si bien estuve a cargo de la edición de una colección de artículos sobre la ira en la Edad Media que resultó del debate de la American Historical Association sobre la construcción social¹. Y entonces comprendí la necesidad y el interés de tales estudios. Mientras escribía sobre las comunidades emocionales de la Edad Media temprana, Joanna Bourke publicó un libro sobre la historia del miedo, y Darrin M. McMahon, otro sobre la felicidad².

¹ Barbara H. Rosenwein, ed., *Anger's Past: The Social Uses of an Emotion in the Middle Ages* (Ithaca, NY, 1998).

² Joanna Bourke, *Fear: A Cultural History* (Emeryville, CA, 2005); Darrin M. McMahon, *Happiness: A History* (Nueva York, 2006); Barbara H. Rosenwein, *Emotional Communities in the Early Middle Ages* (Ithaca, NY, 2006).

Sin embargo, estos investigadores no estaban interesados en las comunidades emocionales. Bourke se ocupaba de historia moderna y de las formas en que nuestras culturas (principalmente anglófonas) usan y abusan del miedo; a McMahon le interesaban las ideas occidentales sobre la felicidad, y no las emociones occidentales.

Al final encontré el camino. En primer lugar, tenía que ampliar mi ámbito de acción y escribir sobre un largo periodo de tiempo. Eso lo hice en un libro sobre las comunidades emocionales entre el 600 y el 1700³. Solo entonces pude escribir un ensayo que abarcara la historia de una emoción a largo plazo. Elegí el tema de la ira porque era a la vez un vicio y una virtud y, por lo tanto, más interesante para mí que, pongamos, la alegría. Organicé el libro por actitudes: algunas comunidades emocionales aborrecían la ira; otras la consideraban un vicio, pero también (de formas limitadas) una virtud; otras argumentaban que la ira era «natural» y, por consiguiente, no era fundamentalmente una cuestión moral; por último (y más recientemente), otras celebraban la ira y sus posibilidades vigorizantes y violentas⁴.

Solo entonces pasé a ocuparme del amor. También era una emoción sobre la que casi nadie se ponía de acuerdo. Me encontré con que era un tema más difícil y conflictivo que el de la ira. Consideremos estos muchos mitos, verdades, memes y dichos contradictorios sobre él:

- El amor es bueno.
- El amor es doloroso.
- El amor golpea como un rayo.
- El amor necesita tiempo y paciencia.
- El amor es natural e ingenuo.
- El amor eleva moralmente y es la base de la sociedad.
- El amor es socialmente disruptivo y tiene que ser domeñado.
- El amor es para siempre.
- El amor es variedad.
- El amor se consume por medio del sexo.

³ Barbara H. Rosenwein, *Generations of Feeling: A History of Emotions, 600-1700* (Cambridge, 2016).

⁴ Barbara H. Rosenwein, *Anger: The Conflicted History of an Emotion* (Londres, 2020).

- El amor es mejor cuando no es de carácter sexual.
- El amor trasciende al mundo.
- El amor lo exige todo.
- El amor no exige nada.

Todas estas ideas, reflexiones y actitudes son muy atractivas. Todas exigen ser atendidas. No es de extrañar que, al principio, no tuviera ni idea de cómo escribir una historia del amor. No solo significa (y significaba) muchas cosas distintas, sino que también comprende otras tantas emociones: dicha, pesar, asombro, confusión, orgullo, humildad, vergüenza, tranquilidad, ira. Y, además, tiene multitud de motivos: el deseo de controlar, de ser dominado, de seducir, de ser deseado, de alimentar, de ser amamantado. Se puede usar para justificar acciones —incluso conquistas y guerras— que en un principio parecerían opuestas al amor.

No obstante, a medida que fui leyendo empecé a ver que algunos de los memes se unían. Eran fantasías, historias que se repetían una y otra vez, aunque con distintas apariencias y contextos. Y, al mirar a mi alrededor, vi que aún persistían en historias modernas: en televisión, en novelas, en películas y en las vidas de mis amigos y familia. Y también empecé a ver que esas impercederas fantasías del amor habían forjado —y seguían influenciando— mis propias expectativas sobre mí misma en relación con aquellos a los que amo y sobre ellos en su relación conmigo.

Además, empecé a caer en la cuenta de los propósitos de esas fantasías. Eran (y son) narraciones que organizan, justifican y encuentran sentido a experiencias, deseos y sentimientos que, de otro modo, serían incoherentes y desconcertantes. La venerada autoridad de mi familia, el doctor Freud, ya había insinuado mucho tiempo atrás la misma idea al decir que los síntomas de los neuróticos adultos eran las expresiones de fantasías infantiles largo tiempo reprimidas: complejos emocionales como el que Freud llamó edípico y que equiparó con el mito griego.

Sin embargo, apenas hace falta acudir a Freud para entender que la narración de historias es una forma de explicar, organizar y dominar lo que sienten las personas. Las narraciones paradigmáticas no solo existen para que los niños las prueben, las creen y luego (posiblemente) las representen. Podemos ver la importancia que tienen para los adultos, por ejemplo, en la obra de la socióloga Arlie Hochschild, si bien ella no estaba ha-

blando del amor. Cuando Hochschild estudió a los partidarios de la derecha política estadounidense, no aceptó del todo sus explicaciones manifiestas sobre sus quejas políticas, como las que le dio su afable informante Mike Schaff: «Estoy a favor de la vida, de las armas, de la libertad, para que vivamos nuestras vidas como creamos más conveniente». Ella quería encontrar, en su lugar, lo que llamó la «historia profunda», la «historia del sentir: la historia que cuentan los sentimientos con el lenguaje de los símbolos»⁵. La historia profunda de Mike y sus compatriotas era más o menos así: estaban —llevaban mucho tiempo estándolo— formando una fila compuesta principalmente por hombres blancos como ellos, y esperando pacientemente llegar al «sueño americano», un sueño de progreso, mejoras económicas y mayores oportunidades. Habían sufrido y trabajado mucho durante largo tiempo para estar en esa fila. Sin embargo, los intrusos —negros, latinos, inmigrantes— estaban interponiéndose delante de ellos. Los sentimientos de ira, vergüenza, resentimiento y orgullo se juntaron y cobraron sentido en esa historia profunda. Eso es lo que llamo una fantasía.

Tales fantasías subyacentes son también en las que estaban pensando Angus y Greenberg cuando abogan por la psicoterapia que interviene y cambia las narraciones que la gente usa para entender sus sentimientos e identidades. Son las razones de por qué Iiro P. Jääskeläinen y sus colegas usan la neuroimagen para desentrañar «cómo las narraciones influyen el cerebro humano y, de ese modo, moldean la percepción, cognición, emociones y toma de decisiones». Explican el sorprendente ensayo que abre una recopilación de Joan Didion: «Nos contamos historias con el fin de vivir»⁶.

El hecho de que la imaginación occidental —una más entre tantas imaginaciones— haya producido algunas fantasías sobre el amor que

⁵ Arlie Russell Hochschild, *Strangers in Their Own Land: Anger and Mourning on the American Right* (Nueva York, 2016), pp. 6, 135.

⁶ L. E. Angus y L. S. Greenberg, *Working with Narrative in Emotion-Focused Therapy: Changing Stories, Healing Lives* (Washington, DC, 2011); Iiro P. Jääskeläinen, Vasily Klucharev, Ksenia Panidi y Anna N. Shestakova, «Neural Processing of Narratives: From Individual Processing to Viral Propagation», *Frontiers in Human Neuroscience* 14 (2020), doi: 10.3389/fnhum.2020.00253; Joan Didion, «The White Album», en *We Tell Ourselves Stories in Order to Live: Collected Nonfiction* (Nueva York, 2006), p. 185.

abarcan siglos no significa que el amor sea amor, que siempre lo haya sido y siempre lo será. Algunas historias han resistido el paso del tiempo, sin duda, pero, de todos modos, siempre han cambiado de forma y han perdido algunos significados para adoptar otros. Sirven como referentes culturales, e incluso todavía producen cierto escalofrío, pero también necesitan actualizarse. Tomemos una tira cómica del *New Yorker*, de Maddie Dai, en la que se ve a una damisela en apuros, un dragón ligeramente sorprendido y un caballero con armadura que blande una espada (véase la ilustración 1)⁷. La narración de la imagen —el caballero va a rescatar a la dama— nos es tan conocida que casi forma parte de nuestro ADN. Se ha reciclado (aunque nunca exactamente de la forma antigua) en películas de Disney y fantasías infantiles. Sin embargo, el pie de la ilustración sabotea las expectativas creadas por la imagen: la broma está en que este caballero en particular es un hombre moderno. Interroga a la dama en peligro acerca de sus deseos reproductivos y su filosofía financiera antes de dignarse a matar al dragón. Aun así, puede que nos riamos del chiste con cierta amargura, pues la idea de que el amor implica el sacrificio personal, de que eso debería ser incondicional, sigue siendo hoy en día un ideal en activo. Según lo plantea el filósofo Simon May, «con un coste inmenso, el amor humano ha usurpado el papel que antes solo tenía el amor divino»⁸. Esta fantasía requiere lo imposible del amor humano y, sin embargo, es una exigencia y una expectativa de algunos círculos.

Pero no de todos. Y ahí residen las comunidades emocionales del amor. Pues aunque algunos consideren que el «amor verdadero» está basado en el sacrificio gratuito de Cristo, otros lo entienden como una experiencia extática que los lleva más allá del mundo terrenal. Y otros se adhieren a otras narraciones distintas y duraderas del amor. Esas fantasías, y sus transformaciones a lo largo del tiempo, conforman los capítulos de este libro. No obstante, únicamente sus historias *entrelazadas* nos permiten vislumbrar la historia del amor de muchas facetas, y ciertamente caleidoscópica, que pertenece a la tradición occidental, ya que, hasta cierto punto, siempre se han enfrentado entre sí, y, además, las tenemos todas a nuestra disposición, por muy lealmente que nos adhiramos a una u otra.

⁷ Maddie Dai, viñeta cómica, *The New Yorker* (16 de diciembre, 2019), p. 37.

⁸ Simon May, *Love: A History* (New Haven, CT, 2011), p. 2.

A diferencia de algunos científicos de hoy en día, no pretendo saber qué *es* el amor. Al contrario de muchos filósofos, no tengo la menor idea de qué debería ser. Y, a diferencia de los historiadores intelectuales, no quiero simplemente analizar las teorías sobre el amor del pasado (si bien algunas de esas teorías aparecen en este estudio). Quiero entender qué piensa la gente hoy en día que es el amor y lo que pensaban que era en el pasado. Quiero incluir a mujeres en el relato. Y quiero citar a personas «reales» y lo que dijeron sobre sus amores, junto con las historias de ficción que tan a menudo proporcionan el andamiaje para las fantasías sobre el amor que desarrollamos y a las que nos aferramos.

He elegido cinco narraciones persistentes. En el primer capítulo, me ocupo de la fantasía del amor por afinidad. Continúo con la trascendencia del amor: la idea de que nos lleva a un mundo superior. El amor como libertad, frente a la obligación, es el tema del capítulo 3, mientras que el 4 se enfrenta a la fantasía de que el amor verdadero es obsesivo, y el 5, a la de que es insaciable. Cada capítulo se centra en una modalidad y experiencia del amor diferentes, todas las cuales tienen historias de largo desarrollo dentro de la tradición occidental. Aunque se solapan en ciertos puntos, se puede decir que la afinidad tiene principalmente que ver con la amistad, la trascendencia con el amor a Dios, la obligación con los matrimonios y otras relaciones eróticas duraderas, la obsesión con el amor no correspondido y la insaciabilidad con la búsqueda errática.

Considerados en conjunto, los hilos aquí separados por temas forman un tapiz de vivos colores. Si sigue estando incompleto, es como debe ser, pues la historia del amor, como el amor mismo, siempre está en proceso de cambio, reelaboración y producción de nuevas fantasías.

AFINIDAD

En uno de los primeros episodios de la serie tragicómica de televisión *Illuminada* (*Enlightened*), la protagonista, Amy Jellicoe (interpretada por Laura Dern), recibe a su amiga Sandy (Robin Wright) con gran alborozo. Mientras caminan y caminan juntas, Amy siente que en su amiga ha encontrado a su alma gemela, a su otro yo. Puede contarle todo a su amiga, que lo entiende de inmediato. De hecho, no hace falta que diga nada para que su amiga sepa lo que piensa y siente. Al final, tristemente, Amy descubre que las cosas son de otro modo, ya que Sandy tiene sus propios planes, que no son los mismos que los suyos¹.

Esperanzas frustradas, sentimientos heridos. El deseo de Amy de encontrar «otro yo» no tenía sus raíces en Sandy, que era simplemente una clave, una relativa desconocida en la que Amy proyectaba sus esperanzas. Tampoco era algo «integrado» en Amy, como si una característica innata de la psique humana (o femenina) consistiese en buscar un alma gemela. No obstante, la fantasía de Amy de encontrar otro yo no se la inventaron

¹ *Enlightened*, temporada 1, episodio 6, en bit.ly/3kxjA4x.